

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8671

DIARIO DE LA NOCHE.

TELÉFONO NÚM. 58

Cartagena.—Un mes, 3 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7 id.—Extranjero, tres meses, 11 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 15 de cada mes.  
Papel, tres meses, 15 céntimos.

**LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIPIEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.**

Martes 30 Septiembre 1903

**NAVARRO  
ISAAC PERAL IQ.**

Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero. Variedad de los de mesa, pared y despertadores. Excelente taller de composuras. Cadenas, colgantes y diges.

**EXACTITUD Y ECONOMIA.**

## EL TRIUNFO DE LA LEVITA

En la lucha que hace tiempo vienen sosteniendo en Europa la casaca y la levita, esto es, el elemento militar y el elemento civil, acaba de obtener este un importante triunfo debido a M. Carnot.

El presidente de la república francesa ha cerrado las grandes maniobras militares que se han celebrado en el Norte de Francia, pasando una gran revista a las tropas que han tomado parte en ellas.

Y no lo ha hecho sentado en una tribuna, por delante de la cual desfilaran los soldados, ni cabalgando marcialmente a caballo, lo cual hubiera estado reñido con su carácter de hombre civil y su profesión de ingeniero, sino instalado en una carreta tirada por seis caballos, que montaban y conducían artilleros, y vestido de paisano con sombrero de copa. A las dos portezuelas del carruaje presidencial cabalgaban dos generales, con la espada desenvainada; detrás iban, en brillante escolta, el Estado Mayor, del que formaban parte los oficiales extranjeros que han asistido a las maniobras. Al paso del carruaje del presidente, los soldados presentaban las armas, las músicas tocaban marcha, los oficiales saludaban con sus sables y las banderas se inclinaban.

A todos contestaba M. Carnot, saludando cortesmente con su sombrero de copa, como se saluda a los conocidos que se encuentran en paseo.

Ha sido el mayor triunfo que ha obtenido un hombre civil, y esto habla muy en favor de la disciplina del ejército francés. Ni los generales que cabalgaban al lado del coche del presidente, ni los que formaban su escolta, ni los que mandaban las tropas, se sentían humillados al rendir aquel tributo a un hombre civil, a un sencillo burgués, porque aquel hombre era, en virtud de la ley que lo había elegido, el jefe del Estado, la representación de la patria a la cual debe servir el ejército.

Los enemigos de las instituciones por que se rige Francia no han dejado de sacar partido de lo que se presta a lucir el *sprit gaulois*, el sombrero de copa y la levita del presidente; algunos le aconsejan que se haga para estas circunstancias un uniforme especial; pero lo cierto es que, a pesar de todo esto, el espectáculo ha sido hermoso, y ha demostrado que el ejército francés inspirado en el patriotismo, sabe respetar la ley y la integridad nacional, rindiendo homenaje al que por los votos de la Asamblea ha sido elevado a la primera magistratura de su país.

¿Qué falta faltan ya para dignificar esas sesiones esas generales a la americana, que asisten a las paradas llenos de bordados, cruces y plumeros y que solo aguardan la ocasión de dar un golpe de estado para perpetuarse en el poder?

Entre el general Boulanger, *revenant de la revue* con aire de dictador y monsieur Carnot, pasando la revista con su traje de paisano, es preferible siempre el segundo. Cuando termine el plazo para que fue elegido, volverá a su hogar, será un ciudadano como otro cualquiera, y el ejército no tendrá que tributarle honores; pero mientras que sea jefe del Estado merece la consideración de que le ha dado pruebas al terminar las grandes maniobras militares del Norte.

M. Carnot está dando en el ejercicio de su cargo pruebas de su gran discreción; no hace mucho rechazó la proposición de M. Castellare que quería que el presidente de la república usase en todas las solemnidades oficiales el uniforme de embajador, porque consideraba el frac poco solemne.

¿No es M. Carnot un hombre civil? Pues hace bien en vestir siempre de paisano y el no disfrazarse con oropeles y bordados, como si estos hubieran de darle más autoridad y más prestigio.

## RECUERDOS DE GAYARRE.

(Conclusión.)

Gayarre, cuando vino a Madrid a estudiar, visitaba todos los días al insigne maestro don Hilarión Eslava, que le tomó bajo su protección.

El ilustre autor de tan inmortales obras musicales era hombre de ideas algo más que ultramontanas, y no recibía más que periódicos reaccionarios.

Todos los días se los hacía leer a Gayarre en voz alta, porque él estaba muy mal de la vista, y leyendo las exageraciones a que la prensa reaccionaria se suele entregar, el joven navarro sintió arraigarse en su alma el culto por la libertad.

Cuando estalló la revolución de Setiembre estaba en Madrid, y salió por las calles, uniéndose a los grupos que gritaban ¡Viva la libertad!

Y bien pronto se pusieron a prueba sus convicciones, porque por aquel entonces no vivía más que de la exígua pensión que recibía para estudiar en el Conservatorio.

La revolución suprimió las pensiones y se quedó sin un cuarto; pero no cambió por esto y llegó a ser uno de los más asiduos concurrentes al Club famoso de la calle de la Yedra.

Repartiendo candidaturas republicanas en unas elecciones, tuvo una cuestión con un agente de policía que se las quería quitar, y entonces fue cuando le llevaron al Saladero.

El hombre político español con el que más simpatizaba, era con el Sr. Castelar, al que llamaba su jefe.

Las ideas republicanas que Gayarre profesaba no le impedían rendir en todas ocasiones un gran tributo de respeto a S. M. la Reina Regente y a S. A. la infanta doña Isabel.

De esta augusta dama solía decir que era la organización musical más completa que había conocido, y siempre que hablaba de la Reina doña María Cristina, lo hacía para ensalzar sus virtudes y sus talentos.

Un día que hablaba de ésta con gran entu-

so delante de sus amigos, le dijo un ilustre poeta, conocido por sus ideas republicanas:

—Está bien, hombre; convendremos en que es una excepción, como si dijéramos, la Gaiarre de las testas coronadas.

Las varias joyas que recibió como regalo de la Reina Regente, las conservaba con gran predilección, y encargó, en sus últimas disposiciones, que no salieran nunca de su familia.

Entre estas joyas las hay preciosas; la encomienda de Carlos III, en brillantes, un riquísimo solitario, pendiente de una cadenita de oro: unos gemelos de brillantes y rubies, remitidos por encargo de la Reina cuando estuvo en Barcelona, con una delicada y expresiva carta de la duquesa de Fernán-Núñez, que hacía entonces de camarera mayor.

Además de la encomienda de Carlos III, tenía otras varias extranjeras, pero ni la nacional ni las extranjeras se las puso nunca.

Gayarre, a pesar de lo que creían muchos, había llegado a adquirir una gran cultura literaria.

El primer libro que leyó fue el «Quijote», adquirido de bien extraño modo. Siendo herrero, le llamaron en una casa para colocar una cerradura en unas puertas; en la habitación en que trabajaba habían amontonado papeles y libros viejos para tirarlos.

Uno de aquellos libros era un tomo del «Quijote»; Gayarre le cogió y le salvó, como el cura a los libros buenos que libró de la hoguera, deleitándose con su lectura.

En cuanto pudo adquirió la obra completa, y se sabía de memoria capítulos enteros del famoso libro, y en sus conversaciones familiares sacaba siempre a colación frases de Don Quijote y de Sancho.

Lo que también saben pocos, y será otra de las revelaciones curiosas del libro de Enciso; es que Gayarre ha escrito críticas musicales.

Véase cómo era esto. De cuando en cuando, para recompensar el celo de su protegido, D. Hilarión Eslava solía regalarle entradas para el paraíso del teatro Real; pero siempre le imponía la condición de que le escribiese al día siguiente sus impresiones acerca de la obra y de los cantantes.

Gayarre sudaba la gota gorda para cumplir esta condición; pero no había más remedio; o tenía que hacerlo o renunciar al que era el mayor de sus placeres, é incurrir en el enojo del hombre a quien veneraba.

Como Dios le daba a entender cumplía su misión y llevaba su escrito al respetable maestro.

Este le cogía, se calaba las gafas y hacía que se aproximase a su lado el mozo. A cada falta de ortografía que notaba en el escrito, le daba un pescozón, y como no eran pocas, los pescozones se repetían.

Luego discutían acerca de las apreciaciones artísticas, y de este modo Eslava fue su maestro de música y de gramática.

Otro de sus entusiasmos literarios se lo inspiraban los versos de Zorrilla; sabía de memoria trozos enteros de sus leyendas y poemas, y los recitaba con frecuencia, sobre todo cuando iba por el campo con sus amigos en las excursiones veraniegas.

Las relaciones del insigne vate y del ilustre artista, ocuparán algunas páginas del libro de Enciso.

La historia de España le entusiasmaba también; cuando estaba en Madrid iba todas las semanas a comer a casa del Sr. Castelar, y uno de sus mayores placeres era oír disertar al gran tribuno acerca de cualquier punto de nuestra historia, con la amenidad que sabe hacerlo en las conversaciones familiares.

Sentía por el arte un culto entusiasta, y estudiaba mucho y con gran anhelo, aislándose hasta de sus amigos más íntimo cuando tenía que estudiar un papel nuevo.

Siempre pensó retirarse de la escena pronto, antes de que decayese ni una sola de sus facultades.

—El artista—solía decir—sólo brilla en todo su esplendor, como el sol, cuando llega al mediodía. A las doce y cuarto ya es ocaso.

Haciendo alusión a esta hermosa frase del artista, dice Castro y Serrano en una carta a Enciso:

«Yo le oí la penúltima vez que cantó, y puedo decir que murió a las doce.»

El ilustre académico se refiere en esta carta a la última vez que cantó Gayarre «Mephistopheles» en el Real. Los que oyeron el epílogo saben que como aquella noche no volverán a oír cantar nunca.

El último año de la vida de Gayarre, sus tristes presentimientos, sus proyectos, formarán la última parte del libro de Enciso. Es t' acompañado a su amigo desde Marzo, cuando por indicación del médico bilbaíno Sr. Achurro, en el que tenía mucha confianza, se fue a Athama.

De allí fue a Madrid y cantó cuatro «Africanas» incomparables, repitiendo todas las noches «¡oh paradiso!»

El público le encontró mejor que nunca; pero él confesó a su amigo la última noche que no podía más. Esperó en Madrid a que su sobrino Valentín, al que consideraba como un hijo, se examinase del tercer año de derecho, y lleno de entusiasmo porque el muchacho había obtenido, como los años anteriores, la nota de sobresaliente, se lo llevó para recompensarle a hacer un viaje por Italia, y luego a la Exposición de París. Allí se le reunió Enciso, y notando que el insigne artista se fatigaba mucho, cosa que no le pasaba antes, pues era andarín incansable y fuerte jugador de pelota, le propuso que dejaran la capital de Francia, para ir a lugar de más reposo.

Así lo hicieron, y se instalaron en Luchón, y después vinieron a Bilbao, de donde Gayarre salió para inaugurar la temporada en Madrid.

Los demás detalles, hasta el triste día de su muerte, son ya conocidos. Enciso estaba en cama postrado por la enfermedad que reinó el pasado invierno, y no estuvo al lado de su amigo en sus últimos momentos.

—Todavía—dice—no me he dado cuenta de su muerte, y me parece un sueño.

Las últimas cartas de Gayarre, escritas en Diciembre, revelan la prisa que tenía por realizar sus proyectos. Quería que su amigo le comprase terreno para hacer una casita en Santurtzi, y todo su afán era restablecerse por completo para ir a América antes de retirarse definitivamente de la escena.

De allí le habían ofrecido un millón 300000 pesetas.

—Es poco—decía—para todo lo que yo proyecto, necesito dos millones de pesetas.

Quería fundar en Madrid un Instituto Gayarre; ampliar sus mejoras del Roncal; asegurar definitivamente el porvenir de sus sobrinos Valentín y Fermín, a los que adoraba; proyectaba, en fin, muchas cosas hermosas.

—No quiero que digan de mí mañana que he venido a este mundo sólo a cantar—decía.

El monumento que proyecta Beulliere es